

“Podía elegir lo que quisiera”

Wolf Erlbruch habla sobre Die Tollen Hefte

Ⓡ ¿Cómo surgió *Ratten*?

Ratten (Ratas) es un poema. Su historia comienza cuando Armin Abmeier me pide hacer uno de sus Die Tollen Hefte. Yo, por supuesto, acepté encantado. Es una serie muy bonita de libros y formar parte de este proyecto es algo agradable. Además, la propuesta técnica también me resulta muy interesante. Tienes que pintar todos los colores en negro por separado, luego se imprimen juntos y antes de que sea impreso nunca sabes cómo va a quedar. Fue una experiencia muy interesante.

Para mí fue un problema decidir qué elegir. No se trataba de un libro para niños, así que podía elegir lo que quisiera. Escogí a Gottfried Benn. Era un cirujano que cortaba las piernas de los soldados durante la guerra. Gracias a estas experiencias se adentró mucho en el conocimiento de la condición humana. Estaba muy lejos de ser romántico, era duro, difícil. Los humanos no le parecían muy inteligentes, porque hacen guerra mientras que él tenía que amputar sus piernas. Su vida fue dura, no tenía miedo de trabajar con cadáveres.

Ⓡ ¿Qué significa este trabajo para Ud?

En el poema *Ratten* hay una conexión entre ese cadáver y la nueva vida de las ratas que, siempre que tengan la oportunidad de sobrevivir, no les importa donde viven. También está el hombre que las asesina. Gottfried Benn fue un humanista. Él enseña lo que es el humanismo a través de esa poesía tan dura de leer. Está contado de forma lacónica, sin crítica, sin reflexión. Se limita a narrar.

Lo escogí porque me gustan mucho las ratas. Bueno, no tendría una en casa, pero me parecen seres muy inteligentes. Incluso antes de este poema, me gustaba dibujarlas. Cuando lo encontré, leí su título: *Hermosa juventud*. El título es contrario al contenido. Eso me gustaba. Lo elegí.

Ⓡ ¿Cómo abordó este proyecto?

Obviamente no podía pintar el cadáver con las ratas. Hubiera sido como una ilustración médica. Intenté hacer diferentes ratas que hablasen sobre el contenido de los versos. El cadáver es una figura roja. Tiene que ver con la sangre pero, en cierta manera, también con el amor. Tuve una sensación muy fuerte cuando lo hice, lo veía en rojo. Escogí el rojo y no el negro porque la muerte es ambivalente, tiene algo de amor. Me gustaba ese rojo. Es difícil de explicar.

Ⓡ ¿Qué me puede decir del editor, de Armin Abmeier?

Es una locura, le visité una vez con sus miles y miles de cómic y libros para niños. Es un coleccionista, todo lo contrario de mí, yo no colecciono nada. Yo tiro las cosas. Creo que está un poco loco porque todos los coleccionistas lo están pero, por otro lado, es bueno que existan. Lo que él en su locura hace, es un buen trabajo.

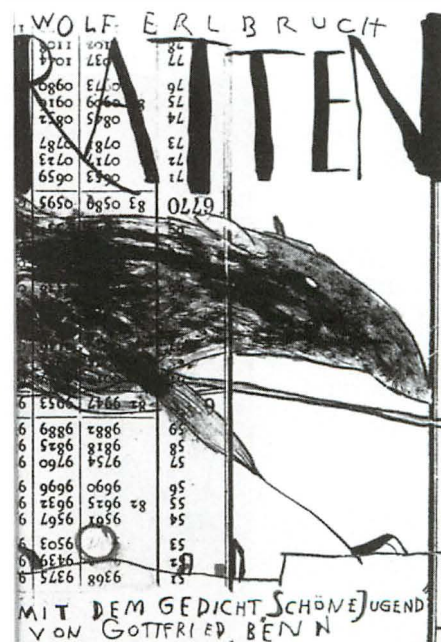
Él es un apasionado de los tebeos. Yo no soy amante del cómic. Me parece que el cómic no es ni palabras ni ilustraciones, sino algo intermedio. Para llenar un libro con viñetas hay que hacer tantos dibujos que o te tomas toda la vida o hay que hacerlos muy rápido. Si dibujas con velocidad surge una fórmula, todo lo resuelves de un modo u otro. Entonces me da la sensación de que no hay seres vivos. Por eso no me gustan. En cambio, a Armin Abmeier le encantan, me enseñaba todos, como un niño. Así es él.

Ⓡ Y del proyecto editorial de Die Tollen Hefte, ¿qué piensa?

Creo que también es una locura. No les importa el dinero, simplemente trabajan, trabajan. Abmeier es un idealista total. El impresor también es genial y su imprenta es un lugar maravilloso. ▶

Gustavo Puerta Leisse

Wolf Erlbruch, basado en un poema de Gottfried Benn
Ratten
Munich: Die Tolle Hefte, 1993



José Cardona, *El Persa*

Valencia 1943. Aprende a leer y a escribir sin darse cuenta, antes de ir al colegio de los escolapios. Luego estudia arquitectura con don Alfonso Belmonte que le bautiza como "El Persa", nombre de adulto que utilizará como seudónimo desde los dieciocho años. Tras ejercer diversos oficios, la mayoría de ellos relacionados con las letras y los trazos, se establece, en 1981, como "editor a la suya", actividad que sigue ejerciendo y que compatibiliza, entre otras, con el pilotaje de la Condesa, moto buena y bonita.

Celsus 233

Bien pronto aprendí o las ediciones no limitadas

Bien pronto aprendí cuál es el destino final de los libros y, por extensión, de todas las cosas. Mi padre tenía una pastelería en Valencia y un horno moruno donde, además de cocerse exquisitos dulces, ardían las más selectas bibliotecas del barrio. Era la posguerra y la gente tenía miedo de las más absurdas represalias que, también absurdamente, no dejaban de producirse. Verne, Reclús, Blasco Ibáñez, Unamuno, Bartolozzi, compartían llamas con otros autores que no recuerdo y con la pinocha, que nos llegaba en sacos que guardaban la fragancia del bosque. Para mí era un extraño maridaje ese de Pinocho (el de Bartolozzi) con la pinocha. Mi tío Colás, cuya biblioteca se libró del fuego escondida en el pueblo, y el señor Vicente, que tenía una paradita de compra-cambio-venta de novelas y tebeos al lado mismo de la pastelería, lloraban como si de seres humanos se tratara, a aquellos libros que se convertían en humo y cenizas y que –de alguna manera misteriosa– quedaban también impregnados en los palos catalanes, el hojaldre, las empanadillas, las savarinas, el panquemao, las tartas. Desde entonces he profesado un amor indiferenciado a esas tres cosas tan efímeras y permanentes a la vez: el fuego, los libros, los dulces.

Pero, con todo, no me faltó qué leer en mi infancia. Además de los libros escolares, los Reyes Magos siempre se acordaban de mi afición, mi tío Colás me facilitaba ejemplares repetidos de su biblioteca y el señor Vicente me permitía leer cualquiera de los que descansaban en el escaparate o el mostrador de su negocio. No era capaz todavía de establecer diferencias entre un tebeo, una novela barata o un libro serio, y afortunadamente no he cambiado mucho en eso: leía –y leo– cualquier cosa que caía al alcance de mis ojos. Pero ni el señor Vicente ni mi tío fueron capaces de explicarme de una manera que yo pudiera entender cómo se hacían los libros. Cómo se plasmaban en el papel aquellas letras tan bien trazadas, los dibujos inefables, a veces con preciosos colores. Trataba de establecer comparaciones entre el oficio de mi padre y el de las imprentas o editoriales y durante un tiempo llegué a pensar que cada ejemplar estaba dibujado y escrito a mano, por un artista que manejaba sus útiles con la misma destreza que mi padre los suyos. Un artista al que no le importaba repetir un montón de veces la misma obra, fuera un milhojas o un tebeo del FBI. Si que me percaté de que gozaban de mayor reputación los libros que los pasteles: los libros

